

RIENZI.

6

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

Un hombre, en efecto, había dicho á Rienzi:

—Tened cuidado, porque un Colonna se ha introducido entre nosotros, y muchas veces se ha ocultado un puñal entre los pliegues de un dominó. allí está vuestro enemigo.

Estas palabras fueron los primeros indicios de los riesgos en que se había precipitado. El senador se demudó, y durante algunos minutos una distracción profunda reemplazó á las sonrisas graciosas y á los políticos saludos que hasta entonces había dirigido á los convidados.

—¿Qué motivos tendrá ese hombre para permanecer silencioso y pensativo en frente de mí? preguntó á Nina en voz baja. A nadie habla, parece huir de todos, y ni aun se nos acerca.... Tal vez será algún hombre grosero á quien el respeto... De todos modos convendría saber lo que le obliga á observar semejante conducta.

—Se me figura que es algún bárbaro alemán ó inglés, respondió Nina. ¡Oh! no turbe tan ligera nube nuestra alegría.

—Dices bien, querida mía, estamos rodeados de personas que nos aman; y ¡por las cenizas de mi padre! ya es tiempo de que me acostumbre al peligro. Nina, volvamos al palacio, á fin de disfrazarnos y volver á meternos entre los grupos.

La música tocó sonatas mucho más alegres y estrepitosas desde el momento en que el senador y su séquito se mezclaron á las máscaras; pero los ojos de Rienzi no perdieron de vista el oscuro dominó de Adriano, y no pudo menos de extrañar que este siguiese sus pasos. Al acercarse á la entrada particular del Capitolio, desapareció un instante aquel perseguidor importuno, pero volviéndose el senador de pronto al tiempo de pasar el umbral de la puerta, le vió á su lado inmóvil; un momento después se perdió entre las máscaras. Sin embargo, Adriano había conseguido acercarse á Irene.

—Te espero, le dijo con voz muy baja, al lado del Leon.

Absorto en sus propias cavilaciones, Rienzi no reparó la repentina agitación y extrema languidez de su hermana. Vuelto al palacio, pidió vino de Madera, y reanimado algún tanto, escuchó sonriéndose las festivas chanzas de Nina: púsose de nuevo el disfraz, y dijo con resolución:

—Salgamos, quiero estar con el pueblo.... Pero ¿y mi hermana?

—Supongo que habrá ido á ponerse otro dominó para volver á la fiesta, contestó Nina: vamos, yo te acompañaré, querido Rienzi.

El senador besó en la frente á su esposa, diciéndola:

—Tu sonrisa es para mi corazón un sol vivificante, pero Irene me atormenta: hoy al menos debiera mostrarse más contenta.

—El amor debe tener mucha parte en su tristeza. ¿Has olvidado lo mucho que amaba á Adriano Colonna?

—¡Todavía se acuerda de él.... ¡Y sin embargo, puede llegar á ser la esposa de un monarca!

—Para ella es más caro el amor de su amante que una alianza proyectada para asegurar tu poder en Roma.

—Si fuera posible que él de Castello.... ¡Pero pertenece á una familia tan altanera! Quizás sea él ese hombre que con tanto empeño nos ha seguido.... Ya lo sabremos. Nina, ¿estoy bien disfrazado?

—Perfectamente. ¿Y yo?

—Eres el sol detrás de una nube. No nos detengamos más tiempo.

Entretanto Irene, confusa y temblando, atrevesaba disfrazada por medio de la multitud, y se dirigía hacia la escalera del Leon. La ausencia del senador había dejado desierto este sitio, porque la música y el baile llamaban la atención general hacia otro sitio: al acercarse al coloso le vió iluminado por los rayos de la luna, distinguiendo una figura solitaria apoyada contra su pedestal. Detúvose; la figura, se adelantó á su encuentro, y la amorosa Irene oyó la voz del amante de su juventud.

—¡Irene! exclamó Adriano estrechando la mano de la hermosa romana, ¿con que es verdad que eres tú? ¿que mis ojos no se han engañado? ¡Ah! ¡Y te contemplé sin vida en uno de aquellos inmundos depósitos de Florencia, cuyo recuerdo me estremecel! ¿Por qué milagro ha conservado el cielo en la tierra á la que ya tenía señalalado asiento entre los ángeles?

—¿Y lo creíste así? contestó Irene con voz conmovida que revelaba su interior alegría. ¡Con que no abandonaste voluntariamente! ¡Cuán injusta he

sido! Creía yo que la caída de mi hermano, mi humilde nacimiento y tu brillante porvenir, te habían hecho renunciar á Irene.

—Injusta fuiste en efecto.... Pero no hay duda; yo te ví entre los muertos.... Aquel manto sembrado de estrellas de plata.... ¿Quién podía llevarle en Florencia sino tú? ¿No tenía las armas del tribuno romano?

—¡Ah! ¡Encontraste mi manto que dejé caer en la calle, y del cual se apoderó sin duda alguna de las víctimas del contagio! ¡Y aquel indicio te hizo desesperar tan pronto! Adriano, continuó Irene con un acento de reconvencción; cuando yo te vi en apariencia sin vida en aquel lecho á cuya inmediación estuve velándote tres días y tres noches, no desesperé de tu curación.

—¿Y qué! Mis visiones no me engañaron! ¡Tú fuiste el ángel de bendición que me consoló en aquellos momentos terribles! ¡Debo la vida á tu amor, á tus cuidados!.... ¡Y yo....! ¡Desgraciado!

—No; era natural tu proceder.... el cielo me concedió fuerzas mientras fué necesaria á tu salud, pero juzga de mi desesperación: le dejé para ir á buscar al buen religioso que te servía de médico; volví, y ya no te encontré: en vano recorrí desesperada y llorosa toda la ciudad; tuve ánimo mientras me sostuvo la esperanza, pero sucumbí cuando esta me faltó: mi hermano me encontró sin conocimiento al lado de la iglesia de San Marcos.

—¡La iglesia de san Marcos! ¡Su sueño se lo había predicho!

—Me dijo que te había visto; pero en vano nos empeñamos en encontrarte. hasta que por fin supimos que habías abandonado la ciudad: te lo confieso, Adriano esta noticia me causó alegría y también dolor.

Los jóvenes amantes se abandonaron durante algunos minutos al placer que les causaba su reunión.

—Al presente, dijo Irene. Supuesto que la Providencia nos ha traído aquí....

—Tienes razón; nada debía separarnos, contestó Adriano, completando el pensamiento de su amiga Creeme, amada mía; es el único deseo, la única esperanza de mi corazón y tan solo por disfrutar estos instantes breves de inefable ventura he diferido mi viaje á Palestrina. Si me fuera posible establecer la paz entre mi joven pariente y tu hermano, ninguna barrera se opondría á nuestra unión. Si yo estoy pronto á olvidar lo pasado, la muerte de más que uno de mis parientes, víctimas de sus propias faltas; porque entre todos los que han aplaudido la vuelta de Rienzi, tal vez no hay uno que sepa apreciar sus grandes y nobles cualidades como Adriano de Castello.

—Permiteme, pues, la esperanza: es siempre un consuelo, una felicidad, saber que nos amamos como siempre. Adriano, el dolor ha marchitado mi belleza, y mil veces he creído que te sería imposible verme y amarme.

—Te he vuelto á ver más bella, más amable que nunca, y la ausencia que me ha privado de tus gracias me ha obligado á conocer tu inestimable precio. Adiós, Irene; no quiero detenerme aquí más tiempo; ya oírás hablar del éxito de mis esfuerzos para con mis parientes, y espero antes de una semana reclamar tu mano públicamente.

Separáronse los amantes, y Adriano permaneció algunos instantes en el mismo sitio, en tanto que Irene se apresuró á ocultar sus emociones y su placer en su aposento.

El joven Colonna se disponía ya á retirarse, cuando vió que una máscara se dirigía bruscamente hacia él.

—Eres un Colonna, dijo el desconocido, y te hallas en poder del senador. ¿Tiembas?

—Soy un Colonna, máscara imprudente, respondió Adriano, y ya debes saber que un Colonna nunca ha temblado.

El máscara se echó á reír, y descubriéndose el rostro se encontró Adriano en frente de Rienzi.

—Señor Adriano de Castello, preguntóle este con su acostumbrada gravedad, ¿honras mi fiesta con vuestra presencia como amigo ó como enemigo?

—Senador de Roma, respondió Adriano en el mismo tono, cuando participo de la hospitalidad de un hombre, doy una prueba de que le considero amigo: espero también que, al menos á vuestros ojos, nunca apareceré como enemigo.

—Quisiera, replicó Rienzi, poder aplicarme todo lo que vuestras palabras encierran de ligero y agradable; pero decidme ¿esos sentimientos de amistad se dirigen al gobernador del pueblo romano, ó únicamente al hermano de la mujer que admite favorablemente vuestros votos?

Adriano, que á ejemplo del senador se había descubierto, no pudo menos que bajar los ojos dominado por las miradas de Rienzi. Repúsose sin embargo con la prontitud de un italiano, y respondió lacónicamente:

—A los dos.

—¡A los dos!.... En ese caso, noble Adriano, seas bien venido á mi palacio. Con todo, imagino que si entre nosotros no existiese algún motivo de enemistad, hubiérais ofrecido vuestros obsequios á la hermana de Rienzi de un modo más digno de vuestro nacimiento, y permitidme que añada, del rango á que Dios, el destino y el país me han elevado. Seguro estoy de que no os atreveríais á proyectar el deshonor de la hermana del senador de Roma. Por grande que os haga vuestro nacimiento, Irene es vuestra igual.

(Conclusion.)

Debo justificar con algunas citas lo que acabo de decir, á fin de poner en relieve esta intencion que se manifiesta en la obra de M. Thiers. En los primeros tiempos del Consulado, el general Bonaparte ofreció la paz á Inglaterra: Pitt la rehusó desdeñosamente: Bonaparte no se irritó por esto, y sin humillarse hizo todavía otra tentativa para mostrar su buena voluntad: «Feliz, dice M. Thiers, si siempre hubiese unido á su poder esta moderacion de conducta tan habilmente calculada.» En otro pasage hablando de España y del ascendiente que Bonaparte ejercia en la familia real de aquel pais, eogia los buenos y sabios consejos que les daba y siente que no se haya limitado en todas ocasiones á aconsejarles del mismo modo. Citaré por último la esplicacion ingeniosa y moral que el autor da de la fortuna constante que parecia seguir por todas partes al primer cónsul. «Diriase al ver las cosas de este mundo que la fortuna ama á la juventud por que secunda maravillosamente los esfuerzos de los grandes hombres en sus primeros años. No creamos sin embargo como los antiguos poetas que es ciega y caprichosa: si favorece con tanta frecuencia la juventud de los grandes hombres á la manera de Anibal, de Cesar y de Napoleon, es por que no han abusado todavía de sus favores. El general Bonaparte era afortunado entonces porque merecia serlo, porque tenia razon contra todo el mundo, en lo interior contra los partidos en lo exterior contra las potencias de Europa; en lo interior no queria mas que el órden y la justicia; y en lo exterior no descaba sino la paz; pero una paz gloriosa y que le proporcionara ventajas, como tiene derecho á desearla el que no ha sido el agresor y el que ha sabido vencer. Asi las diversas naciones volvan presurosas á anudar relaciones con la Francia representada por un gran hombre tan justo y tan poderoso, y que si se hallaba en circunstancias felices, no habia una de ellas que él no hubiera hecho nacer ó de que no se hubiera aprovechado habilmente. No hace mucho que uno de sus generales (Desaix), previniendo sus ordenes, acudia al ruido del cañon para darle la victoria en Marengo; ¿pero que no habia hecho para prepararle esta victoria? Ahora un príncipe (Pablo I) atacado de demencia y que ocupaba uno de los primeros tronos del universo venia á ofrecer una fácil presa á su habilidad diplomática; ¿pero con cuán diestra condescendencia ha sabido lisonjear su locura! La Inglaterra, por su conducta en los mares iba bien pronto á conjurar contra la Francia todas las potencias marítimas; pero ahora se verá como supo contemporizar con ellas y dejar á Inglaterra desempeñar sola el papel de la violencia. La fortuna, dueña caprichosa de los grandes hombres, no lo es tanto como se la pinta. No todos sus favores ni sus desfavores son caprichosos, y en sus supuestas infidelidades, no está frecuentemente la culpa de su parte. Pero hablemos en lenguaje mas verdadero, mas digno de este grave asunto; la fortuna, ese nombre pagano dado al poder que rije todas las cosas terrestres es la Providencia que favorece el génio cuando marcha por la senda del bien, es decir, por la senda trazada por la sabiduria infinita.» (Pag. 98, tomo 2.º)

Así, pues, la felicidad depende de la sabiduria; Dios dirige y sostiene á los grandes hombres inspirándoles buenos pensamientos y nobles resoluciones. ¿Donde están las doctrinas de fatalismo que creyeron encontrar algunos jueces, imparciales por lo demas, en la primera obra de M. Thiers? Forzoso es el decirlo; quizá se tomó en la *Historia de la Revolucion* lo que era un argumento de polémica por un sistema de filosofía ó de política; y como el autor no queria dár la razon á la Restauracion contra la Revolucion, se creyó que elogiaba lo que no vituperaba y que daba la preferencia á la fuerza contra la justicia. Aquí á lo menos no hay nada de eso: de quiera se juzga á Napoleon, de quiera se proclama altamente su prudencia y su moderacion, sin que deje es seducir el autor por la fortuna y por el limitado génio de su héroe.

La literatura ha pintado por mucho tiempo á Napoleon como un Titan desdeñoso que nada tenia de humano. M. Thiers nos presenta al verdadero Napoleon, sencillo aunque grande, que debe sus triunfos á las cualidades que hacen la gloria de la humanidad, la penetracion del génio y la grandeza del alma, y que cuando yerra, lo debe tambien á faltas humanas, al orgullo y al abuso del poder soberano. Pláceme ver que el autor se detiene á examinar con predileccion particular las cualidades mas prácticas de su héroe: su infinita vigilancia, su atencion á los menores detalles, la precision de sus ordenes, su infatigable actividad, cosas todas que espican mejor los triunfos que esas vagas y pomposas palabras de fortuna y felicidad. Tambien en cuanto á la conducta de los hombres demuestra M. Thiers que Napoleon debe el buen éxito á sus buenas cualidades, y como pertenecia á ese partido moderado que formado en cierto modo de la parte mas escogida de todos los bandos revolucionarios se apoderó por fin del poder y fundó la sociedad nueva. La habilidad de Bonaparte consistió en tomar de cada partido la porcion moderada, desechando la parte violenta é impetuable. M. Thiers ha comprendido y esplicado en algunas páginas, la benévola política del gobierno consular.

Acabamos de ver que M. Thiers nunca se olvida de recordar la ley moral en su *Historia del Consulado y del Imperio*, ni de inspirar gusto á ella, sin sermonear á cada instante al lector, pero haciendo algunas reflexiones cortas y significativas sobre las causas del buen éxito del primer cónsul, reflexiones que al mismo tiempo son sentimientos de la catastrofe del emperador. Hay otra cualidad del historiador moralista, de que tampoco carece M. Thiers; la observacion y descripcion de los diversos caracteres: sus retratos tienen una verdad sorprendente y no porque el autor haga retratos como los historiadores ordinarios, es decir á fuerza de antitesis y de apigramas, y mas brillantez que parecidos. No aspira al contraste de los colores ni á la brillantez de los matices: sus retratos si así puede decirse, son mas bien del género de los bajos relieves, que del de los cuadros. Los rasgos son puros expresivos y sobre todo fieles.

Tiene admirable sino para hacer comprender su carácter por medio de un dicho del personaje. Ni reusa las anécdotas, pero las encuentra á mano para sus descripciones. Vease por ejemplo el juicioso dicho de Cambacéres que representa en la *Historia del Consulado* el papel del hombre prudente por excelencia. Cuando salieron los tres cónsules del Luxemburgo para instalarse en las Tullerías, Bonaparte se estableció sin el menor reparo en el centro del palacio, y el cónsul Lebrun se alojó en el pabellon de Flora. Solo Cambacéres se negó á vivir en las Tullerías, y como le preguntase su colega Lebrun la razon le contestó: «Es una falta el instalarnos en las Tullerías; á nosotros no nos conviene, y yo por mi parte no iré. Pronto querrá el general Bonaparte ser el solo que habite el palacio y entonces tendremos que salir: mas vale no entrar.» Se debe añadir que aunque M. Thiers trata favorablemente á Cambacéres, no disimula en su retrato las ridiculeces de este hombre habil y juicioso, porque nada de cuanto concierne á la verdad, aun por su lado grotesco se oculta á M. Thiers y juzga con sinceridad á los que rodeaban á Bonaparte, así como le juzga á él con firmeza.

Pero esta sinceridad y esta firmeza nunca llegan ni con mucho á la malevolencia, y este carácter de la historia de M. Thiers merece notarse antes de concluir estas reflexiones, su libro es verídico y venévolo á la par: cualidad, que aunque depende del autor, estoy cierto que proviene tambien del mismo carácter de la historia que refiere. En efecto, todo en ella es bello y afortunado, especialmente á los principios; apaciguanse los partidos, desaparecen los hombres violentos, y los moderados y genero-

so suben al poder con Bonaparte á su cabeza, mas moderado y generoso que ninguno. Francia se reanima y florece. Cada dia se resucita ó se funda una institucion, renace el órden social, reina en todas partes la victoria, es esperada la paz; todo consuela y enagena los ánimos. ¿Qué historiador puede ser melancólico y maldiciente á vista de sucesos de esta especie? ¿Cómo no pintar con bellos colores á los hombres y á las cosas? ¿Cómo no ser algo indulgente con los errores de algunos hombres, con la imperfeccion de algunas medidas? Este sentimiento de gozo y por consiguiente de benevolencia, anima la historia de M. Thiers. El tono de un historiador depende mucho del siglo que des ribe. Tácito no podia menos de ser misántropo por que pintaba á Tibério Calígula y Néron. Tan difícil era que Voltaire fuese melancólico y amargo describiendo á Luis XIV de 1660 á 1691, como que M. Thiers fuese malévolos y satírico haciendo la historia del Consulado.

BOLETÍN ESTRANJERO.

Ha llegado á Argel el célebre Horacio Vernet, el cual debió dirigirse á los campos de Isly, cuya batalla, como los bombardeos de Tanger y Mogador, debe pintar para el museo de Versalles. Va á abrirse en Argel un teatro español.

LECCIONES DE FILOSOFIA

DEL

LENGUAJE O GRAMATICA GENERAL,

por

don Tomás Garcia Luna,

CATEDRATICO DEL ATENEO DE ESTA CORTE.

La obra que anunciamos es la continuacion y el complemento de las lecciones de filosofia ecléctica que vieron la luz pública el año pasado de 1843.

El autor ha seguido el propio método de que habrá hecho uso en la psicología. Sin adherirse á ninguna escuela determinada adopta de cada una de ellas las doctrinas mas conformes á los sanos principios de la razon, procurando así que completándose unas á otras constituyan una verdadera ciencia.

La filosofia del lenguaje es uno de los ramos mas interesantes del saber humano. Descubrir de que manera los signos naturales se transforman en los que actualmente conocemos; cuál es el origen de los idiomas, qué influjo tienen las palabras en las ideas que espresan y las ideas en las palabras, son otras tantas cuestiones cuyo examen conduce á resultados imprevistos y de suma trascendencia.

La teoria del lenguaje, tal como en las lecciones actuales, se presenta esquiva; una de las pruebas mas eficaces de la religion revelada.

Un tomo en 8.º mayor rustica á 24 reales.

Se halla de venta en las librerías de Boix, calle de Carretas número 8 y 35 y en la de los señores viuda de Calleja é hijos.

En las mismas librerías se vende la FILOSOFIA ECLECTICA del mismo autor que consta de dos tomos en 8.º mayor á 48 rs. rustica.

LA RESURRECCION DE UN HOMBRE,

por

D. MIGUEL TENORIO.

Recomiendan altamente este bello poema la pura diction poética en el empleo por su joven y estudioso autor: sus ricas y brillantes descripciones, y sobre todo el objeto profundamente filosófico que se propone desenvolver en la narracion de su fabula, llevándola á cabo con esquisita precision, elegante jiro y desusada novedad.

Un tomo que se vende á 8 rs. en rustica en la librería de D. Ignacio Boix, calle de Carretas, núm. 8.

TEATROS.

DE LA CRUZ.

Hoy no hay funcion.

Mañana se ejecutará la ópera nueva, en tres actos, titulada: MARIA DI ROHAN.

DEL PRINCIPE.

A las ocho de la noche: la comedia en tres actos, titulado: ACERTAR ERRANDO O EL GAMBIO DE DILIGENCIA. Intermedio de baile nacional. Terminará el espectáculo con la pieza en un acto, titulada: LAS VENTAS DE CARDENAS.

DE VARIEDADES.

A las ocho de la noche: el drama en siete cuadros, titulado: LA ABADIA DE CASTRO; finalizando con baile nacional.

Editor y Redactor principal, JUAN PEREZ CALVO.

IMPRENTA DE BOIX, calle de Carretas, núm. 8.